Sh. Stella Sancho

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4	San José de Costa Rica, Lunes 1º de Mayo de 1922	No. 6

Elogio de Antonio Zambrana

[Dicho en la Sesión Fúnebre con que el Instituto de Alajuela honró la memoria del Dr. Zambrana la noche del 6 de abril].

Señoras, señores, mis queridos alumnos en el Instituto:

NADA deseaba tanto como que llegara esta noche para dar expansión al dolor que nos embarga.

Pero no todo se cumple a medida del deseo y una dolencia de estos días exige, que en vez de hablar con vosotros y deciros, de viva voz, lo que esta cumbre humana me hace pensar, tenga que dictar estas frases, escritas para que la cabeza enferma no pierda el derrotero. Estoy aquí cumpliendo un deber altísimo, aun con riesgo de mi salud.

Y nada podría contrariarme de más vivo modo. Siempre prefiero hablaros, que no leeros, y es porque al hablaros van las palabras temblantes de emoción y ardientes de entusiasmo; en este caso agobiadas por un dolor profundo. El agua del verbo es entonces chorro que se despeña por las más variadas quiebras de la montaña, pero que recoge también los más bellos paisajes y florece en mejores espumas y más se llena de iris y más transparencias luce o, como esta noche, más cielos grises y más sombras copia.

Ahora, al escribiros, temo que vaya serena y fría esta palabra, como agua por atarjeas, y que no tenga el poder de conmoveros y haceros comprender este dolor que sentimos. Eso no obstante, la solemnidad del momento y la grandeza del motivo son bastante causa para que sintáis y comprendáis cuánto nos agobia la muerte de ese hombre.

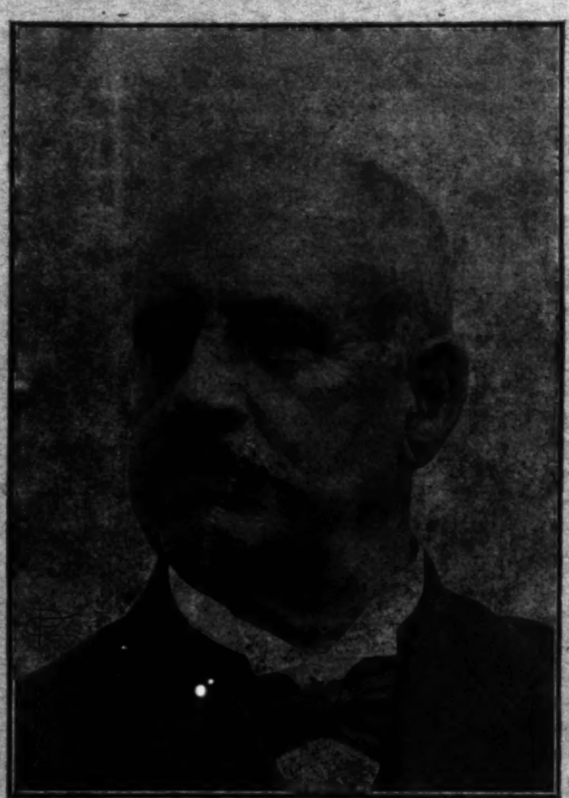
Aquí está el pabellón del Instituto cruzado por negro crespón en señal de duelo. ¿Por qué, diréis, siendo éste un duelo de todos es el Instituto, en esta provincia, quien lo pone de mayor relieve?

Es porque hemos querido comprender más hondamente los deberes que como educadores nos competen y, antes que limitar la obra del colegio exclusivamente a los que están inscritos en sus listas, aspiramos a que sus beneficios se derramen sobre la ciudad, para que llegue a ser este plantel, como han de quererlo todos los ciudadanos, el cerebro de esta ciudad, la fuente viva donde vengan a beber agua espiritual todos los romeros de idealidad. El pozo de Jacob donde oyó el verbo la mujer samaritana.

¿Pues no es ésta la casa donde está la juventud de la provincia, es decir, su florescencia, su esperanza, agitada en un noble afán de mejoramiento?

Y así debe ser y así tiene que ser, y ¡ay! de esta institución si tuviese que morir de asfixia entre sus cuatro paredes, mezquina y anquilótica, sin ofrecerse, toda entera, al alto interés espiritual que salva a los pueblos de la barbarie.

Pues a esta casa no debe serle, no puede serle, en modo alguno, indiferente la muerte del Doctor Zambrana.



Dr. Antonio Zambrana

Fallecido en la Habana el 27 de marzo de 1922.

Nadie como él dió impulso a las aspas de nuestro molino, cuando las agitaba el afán de las primeras moliendas; nadie como él sopló con mayor fe la vela de nuestra nave, cuando vacilaba en la inquietud de los primeros vaivenes.

Llegó al país cuando aun agitaban el vientre de la república, en la laboriosa gestación, muchos de sus graves problemas fundamentales.

Era el año de 1876, cuando el General Guardia tenía asidas en sus manos todas las libertades públicas y sujetas a su voluntad de hierro. Pero llegó en el mes de mayo, cuando los campos florecen, cuando las primeras lluvias fecundan la tierra, cuando todo dice una voz de esperanza y de renovación.

Venía de aquella Isla maravillosa, como Afrodita surgida de la onda, pero que aun no había alcanzado el don de la autonomía.

Y la suerte de su patria no le había sido indiferente; por su libertad había ya quebrado airosas lanzas y ansiaba volver a su manigua para redimirla.

A los 21 años había plegado sobre sus hombros la toga de los doctores en derecho. ¡A los 21 años! Reparad, señores, cómo es realmente privilegiado este varón. Pero en vez de irse, mansa y prosaicamente, a roer su profesión, entróse en la lucha activa del pensamiento patrio y el año siguiente al de su doctorado, esto es, 1868, formó parte del comité revolucionario que le confió el gobierno de Camagüey, como miembro de una junta. Y en esa posición, su mejor y más decidido empeño, fué el de cortar la cadena a los esclavos del estado. Tan noble iniciativa fué, señores, la primera voz que oyera la Isla en bien de los desheredados, de los parias, de los que padecían hambre y miseria bajo la crueldad de otros hombres.

Ese rasgo os revela al pensador, al hombre consciente de su calidad de hombre, al luchador dispuesto a ir contra las conveniencias sociales en beneficio de los que han sed de justicia, de los que padecen hambre de libertad, de los que aun esperan el sermón de la montaña.

Y tal iniciación no tuvo declinaciones en ningún momento de su vida.

Dijera ahora yo, para enmarcar la figura egregia de este prócer, que los rieles en que movió el carro de su actividad terrena fueron dos líneas que no conocieron torción: libertad y democracia.

La libertad, que fué siempre en él fundamento de su tolerancia; la democracia, que fué siempre en él base de su fraternidad sin límites.

Y en tales direcciones no fué un inactivo y acomodaticio, que miró desde su balcón pasar y arremolinarse las corrientes de ideas, muy al contrario, fué un agitador que no tembló ante el oleaje más encrespado, sobre el cual fulminaba los rayos de su elocuencia olímpica.

Os dije que llegó a nuestras playas viniendo de aquella agitación, por conseguir la autonomía en su país, y encontró que era preciso guiar y orientar la de esta república joven, oprimida en las manos de un hombre, generoso y leal, pero autócrata por los cuatro costados.

Conseguir la libertad no era todo, hacerla comprender, llevarla hasta sedimentar en la conciencia pública era la obra verdadera.

Conocía el sentir de Víctor Hugo: «No basta ser la República, es preciso ser la libertad».

Su consejo, su opinión, su manera de ver y comprender los problemas públicos, no podían ser gratos al autócrata que empezó a mirar en él un hombre peligroso y a recelar de todos sus movimientos.

Venía demasiado nutrido de ideas nuevas, traía un concepto distinto de la república, creía en una democracia en espíritu y en verdad y la presencia de ésta, sujeta toda entera a la voluntad de un hombre, parecíale una criatura que era urgente condenar.

Empezó la obra lentamente, en conferencias y discursos, en artículos de periódico y en lecciones, pero un día fué expulsado del país antes de que su dinamita pudiera hacer explosión.

Era el año 82 y Guardia murió el propio año.

El 83 puso otra vez el Doctor Zambrana vela a su mástil y remó para esta tierra de su cariño, donde ya había sorprendido muchas y bellas virginidades.

El ambiente fué entonces propicio a sus ideas.

Su actividad, multiplicándose en mil direcciones, fué tan copiosa que realmente merece la gratitud de todos los costarricenses bien nacidos, aun de los más indiferentes para las cosas del espíritu.

Es una de las razones por qué esta ciudad de Alajuela, que siempre ha tenido a orgullo ser agradecida, debe rendir este homenaje al ilustre muerto.

Esta ciudad ha sido grata al través de su historia, pero si hay quien lo dude yo voy a recordar esta noche los episodios de estos días, que culminaron con la despedida del señor cura en el andén del ferrocarril.

Las gentes emocionadas decían adiós a su pastor y se apiñaban para abrazarlo.

Un amigo me decía, casi inocentemente: Eso revela que hay poco espíritu liberal en Alajuela. Yo le repliqué:

—Eso revela que hay un amplio espíritu liberal, demasiado liberal. Un espíritu tolerante, que permite que funcionen dos templos protestantes y un templo masónico, sin inquietarse por ello, y que sabe rendir pleitesía a quien fué noble y fué bueno con la ciudad y ayudó a su progreso y contribuyó a sus empresas, no sólo como cura sino como ciudadano. Un pueblo que conoce que la tolerancia es el remate de la libertad.

Si el maestro Zambrana hubiera presenciado estas manifestaciones sencillas y hubiese mirado en ellas confundidos a moros y cristianos, a tirios y troyanos que despiden al hombre bueno, habríase sentido orgulloso del triunfo de sus ideas y de la nobleza de su patria adoptiva.

Todo el mundo sabe de la amistad estrecha que ligó a este liberal rojo de Antonio Zambrana con aquel sabio eminente que se llamó Bernardo Augusto Thiel, y todo el mundo ha leído aquel alto elogio, uno de los más bellos que se hayan escrito, con que este ateo habla de Francisco de Asís.

Pues bien, señores, volviendo al trillo de nuestra apología diremos algunos renglones generales de sus méritos y servicios en bien de los principios liberales o, mejor, en bien de la cultura.

Fundó aquí una Academia de Ciencias, fracasada entre los hielos de nuestra eterna y horrorosa indiferencia.

En la Universidad de Santo Tomás, primero, en la Escuela de Derecho y en los colegios de Educación Secundaria, más tarde, fué nervio vigoroso del movimiento liberal que venía desenvolviéndose en la conciencia de las juventudes y de la república.

A él se debió así mismo la fundación de esa humanitaria «Sociedad Costarricense de Seguros de Vida», conglomerado el más fraternal de todos los que pudieran aspirar a serlo.

Predicó con fe el principio de inamovilidad para los jueces. Quería que no estuviesen sujetos a los vaivenes de la política, para que pudieran actuar sin compromisos con ella.

Porque él pensaba en una justicia superior, casi divina, ciega ante todo interés y sorda ante toda falacia.

Quería que las autoridades civiles fueran en su mayor parte electivas. Esto es, que los gobernadores y jefes políticos fueran llamados por el voto de sus conciudadanos.

El sistema es discutible, y tiene aspectos muy diversos para ser contemplado, pero, en principio, puede afirmarse que cristaliza la noble aspiración de que los pueblos sean gobernados por los más capaces, por los que mayor suma de confianza y respeto merecieran y que, antes que ir con áulicas intrigas a la corte de los presidentes, se fuese con buenas obras al ágora del pueblo.

Quería que el juicio fuese oral y público a fin de que no se enredase con pliegos de papel, de los cuales era difícil desatarse, sino que cada cual asistiese su propia defensa y terciase en ella de viva voz y valiesen tanto sus toscas palabras, si en ellas iba la justicia, como habrían de valer las más bellas páginas de los jurisconsultos.

Mucho de ello tenemos ya en nuestra legislación.

Quería que la administración pública se descentralizara, para hacerla más fácil, más pronta y, sobre todo, para acercarla más al ideal republicano.

Todo esto, señores, puede ser discutido y préstase a muchas reflexiones, pero no negaréis que revela y subraya un marcado afán, una inquietud perenne hacia la consecución de la justicia y hacia el triunfo de la democracia.

¿Y dónde, diréis, expuso y dijo tantas cosas? Donde quiera que estuvo.

A veces en el periódico, porque fué periodista valiente y resuelto; a veces en la cátedra, porque fué maestro en todos los momentos de su vida; a veces en su pupitre de magistrado, a veces en su tribuna de conferencista, y, cristalizando y resumiendo todo, en sus hermosos ensayos acerca de administración y de política que están

publicados con el mote de «Estudios Jurídicos».

Y ya que os dije de algunas de las manifestaciones de este claro varón, voy a referirme, para concluir esta breve silueta, a la más noble de sus actividades, a la que más enalteció y en la que más vida puso: la Tribuna.

Sobre todas las cosas fué tribuno. Como si hubiese concurrido al ágora de Atenas, como si hubiese discutido en el Foro de Roma, como si hubiese oído a Pericles y a Demóstenes, a Cicerón y a Marco Aurelio, quería hacer de la tribuna la mayor de las fuerzas. El ariete formidable, derrumbador de murallas o la semilla milagrosa, creadora de mundos. Tenía fe en una fuerza como la más poderosa de todas: la belleza. Pensaba, decía y escribía bajo su influjo admirable. Allí está su programa de acción en su libro «Ideas de Estética, Literatura y Elocuencia».

Tenía un grande orgullo de su palabra, sabía que nadie calzaba en el país más alto coturno que el suyo, y a pesar del Padre Cáceres, y a pesar del Doctor Castro, nuestro Doctor Zambrana era un rey en su tribuna y se sentía la corona y agitaba el cetro y se llenaba de orgullo y hablaba como un rey.

Sin adular a nadie, sin bajar la cabeza ante nada, sin doblar la columna vertebral, magnífico, elocuente, soberano.

Sus melenas, alborotadas por los vientos de la inspiración, debieron entonces parecer las de un león que bramara ante el mar en tempestad.

No le importaba ganar o perder la partida, eso era lo accidental, lo transitorio. Lo que quería era decir noblemente las cosas, con majestad, con solemnidad, como Pericles, con las manos atadas, o como Petronio, coronado de rosas.

Le había dotado la naturaleza con dones excelsos: una mente poderosa, una visión profética, una palabra profunda, una energía formidable y un corazón desbordante de belleza.

Y fué suyo el verbo de la democracia y fué suyo el verbo de la libertad.

Yo no le conocí en la opulencia de su gloria, cuando, fogoso y altanero, hacía estremecer las masas y temblar los templos. Cuando, como Jerges, castigaba el mar de las multitudes para admirar sus oleajes, o cuando, como Jesús, tendía sobre ellas su capa para pasar de pie su Tiberiades.

Le alcanzó mi comprensión cuando, achacoso y viejo, con la voz cascada, era una sombra de su pasado. Pero era una vejez heroica: tenía la apostura egregia de los grandes tribunos y la frase arrebatada y candente de los apóstoles y de los visionarios.

Yo le he sentido vivir leyendo sus discursos admirables, reunidos en ese libro encantado *La poesía de la historia*, que es una gruta de ninfas.

Os he dicho del orador como si le hubiese visto en su apogeo, porque leyendo esos discursos a voz en cuello, en el silencio de los campos, he comprendido el pedestal desde donde debieron salir y he sentido la presencia de quien debió estremecerse y estremecer a todos al decirlos.

No había oído nuestra patria palabra de mayores prestigios, ni voz de mejores timbres; pero, sobre todo, no tuvo nunca esta tierra dicción más galana, más correcta, más honda, más noble que la de este cultor exquisito.

Ya vais a oirla en breve rato cuando otros compañeros os lleven al través de sus selvas profundas, pobladas de fuentes maravillosas y pájaros divinos.

El Instituto, y la ciudad de Alajuela que se asocia a él, al rezar un réquiem por este ciudadano, ha cumplido un alto deber cívico abonando este adarme a la deuda de gratitud contraída. Los que así no lo entienden son sordos o ciegos, peor para ellos.

Y concluyo:

Lo que Horacio dijo de sus odas, puede este hombre decir de su vida:

«He terminado un monumento más duradero que el bronce, más alto que las pirámides, suntuosa obra de reyes; un monumento que la lluvia no desmoronará, que no podrá derribar ni el furor del aquilón, ni el transcurso de los siglos. No moriré del todo».

Ciudadanos: habéis asistido a esta misa profana; la voz del maestro os dice desde el ara: NON OMNIS MORIAR; yo os digo desde el atrio: SURSUM CORDA.

Luis Dobles Segreda

(Envío del autor).

NINDIRÍ

Por ANTONIO ZAMBRANA

A la señorita Isabel Padilla.

El me había hablado del pueblecito, y con él tuve el gusto de verlo por vez primera, en viaje que hicimos juntos en un cómodo y ligero carruaje de Managua a Granada. A Ruben Darío me refiero, por cuya vida se teme aquí en estos momentos.

A eso de las tres de la tarde divisamos las primeras chozas; el cielo estaba azul, alguna que otra nube, transparente como velo de gasa, volaba por él y de lo alto caía y por todas partes se derramaba la luz color de oro quemado de un sol brillante, pero ya muy soportable. Me pareció que estaba en Grecia: así debió ser la Jonia antigua, o por lo menos esa segunda Gaecia, la Provenza de los tiempos medios. En la calle sin polvo, recta y ancha, se alineaban las casas, hechas de corteza de palma y de bejucos, cada una de arquitectura diferente, a cual más graciosa y originalmente ideada, de formas caprichosas, como sueños de hombre que no ha visto civilización, pero que, sin conocer la de los otros, ha inventado él mismo su poesía y se la saca del alma para ponerla en todo lo que le rodea; al rededor de las casas había siempre flores, y por la espalda de ellas asomaba algún árbol, indicio de huerto, que con sus ramos de esmeralda oscura y sus frutos de colores vivos daba nuevas notas a la pintura ideal que formaba el paisaje. A la puerta, o en pequeños corredores delante de ella, vi algunas mujeres de la raza india de Nicaragua, que es la más bella que conozco; todas lucían, muy morenas, por estar vestidas de un blanco inmaculado, y los cabellos muy negros y los ojos como llamas, tomaban con eso un relieve encantador. Admiróme su limpieza singular y el aire de fiesta que eso daba a la aldea, porque se trataba de un día de trabajo de la semana.

—¿Qué hacen estas gentes?—pregunté con curiosidad a Rubén—. Se diría que esperan alguna visita.

—Venden flores y frutas—me contestó el poeta—. Las llevan en cestos muy bizarros a todos los alrededores. Esta es su vida cotidiana.

Pasaron en efecto, a poco, por junto

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto...............	₡ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración.........	2-00
Para el extranjero, el número suelto..........................	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)..........	3-50 » »
La página de avisos, por inserción..........................	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

a nosotros dos mujeres y un jovencito con cestos tan extraños como las casas, llenos de colores y de aromas, conduciendo su mercancía. Nunca hubiera calculado antes que el comercio pudiera tomar a mis ojos forma de poesía.

No era hora de oir pájaros. Lo que se escuchaba era una cigarra; pero la influencia del medio ambiente, sin duda, me hizo encontrar bello su toque de clarín delgado y persistente. Pensé en la cigarra de oro, símbolo del arte en el mediodía de Francia, y el canto sin ritmo, lejos de perturbarla, completó mi ilusión.

Soñaba yo entonces, por otra parte, que llevaba a mi lado la cigarra de nuestros bosques y de nuestra poesía americana, pues Rubén era ya un poeta, aunque todavía no era un hombre, y su inspiración no había aún torcido su cauce, sino que era genuina y espontánea. Más tarde se dejó influir por ideales exóticos, y, siguiéndolos, ha llegado a la cumbre de la gloria; pero yo prefiero la cigarra desconocida, y ahora que temblamos a la idea de recibir una mala noticia, ha venido a mi mente, con sincera ternura, el recuerdo del pueblecito original de las flores vivas, de las casas lindas y de las indias limpias que venden colores y perfumes de los que brotan, sin amaño, del seno fecundo de la naturaleza.

Así he escrito estas líneas, y queriendo saludar, además, a una amiga que respeto y quiero mucho, se las he dedicado, porque ella también hace pensar en las costas de Jonia y en la Provenza de los trovadores, y parece una arlesiana, y a la mirada de sus ojos, hermosos y centelleantes, suena en el oído el poema de Mireya, cantando al sol, como en cuadro propio, en una selva americana.

San José de Costa Rica, diciembre de 1894.

(Envío de don Ricardo Fernández Guardia).

BELGICA, LA BIEN LABRADA

HACE unos días rendíamos en estas mismas columnas el homenaje respetuoso que el pueblo belga había sabido conquistar en forma que nadie, ni aun los invasores, han podido escatimarle. Su actitud en agosto del 14 fué de tal naturaleza, que sería imposible encontrar en la Historia pueblo que haya podido superarla en ocasión semejante. Nada más lógico que así fuera. Para tener un concepto tan depurado del derecho de gentes y poder alzarse contra el coloso de tan grandiosa manera, era preciso que el pueblo belga tuviese en sí mismo la fe del trabajador incansable, acostumbrado a no cejar ante la magnitud del esfuerzo requerido.

«El rincón de tierra que habitamos—escribe Edmond Leplae, catedrático en la Universidad de Lovaina—no era, al principio de nuestra historia, más que una serie de bosques pantanosos y de landas silvestres. Al Norte, unos brezales desolados se corrían desde la orilla fangosa del Yser hasta el Mosa. En el centro y en el Sur, una selva inmensa, la selva carbonífera. Centenares de ríos divagaban por sus macizos sombríos, y sus aguas, desbordadas bajo las lluvias menos densas, formaban largos pantanos que serpenteaban dentro de los bosques».

Nada más desfavorable y que más pudiera descorazonar a los pocos habitantes de aquella tierra inhóspita. Sin miedo, se pusieron a la obra. A las dificultades naturales había que añadir las que se acumulaban por las invasiones, las guerras, las inundaciones, que en poco tiempo destruían lo que había costado esfuerzos ímprobos. Pero los belgas no se desanimaban y proseguían impertérritos su avance en las tierras incultas, en los bosques salvajes, en las lagunas insalubres. Fué una labor de siglos, que todavía, en el Norte, está por acabar. Poco a poco, la Naturaleza bravía se iba rindiendo a la tenacidad del hombre.

Bélgica fué el país mejor labrado de Europa y ningún otro pudo adelantarla nunca. Hasta el siglo XIX, Bélgica tuvo el monopolio del laboreo intensivo. Cuando Inglaterra hizo un alarde de maquinaria agrícola en la Exposición de Londres de 1851, Bélgica fué la que mejor supo aprovechar aquella enseñanza, con lo cual consiguió conservar el primer puesto.

En el último tercio del pasado siglo, una crisis terrible se desencadenó sobre el valiente y pequeño país. Los rusos, los argentinos y los norteamericanos enviaban a Europa, a bajo precio, granos en abundancia. Las ruinas empezaron a acumularse y la competencia parecía imposible. ¿No habría medio de intensificar aún más la agricultura belga? Gobernantes y agricultores estudiaron el asunto y creyeron encontrarle solución. Buscaron en la ciencia el medio de hacer que cada hectárea produjera la máxima cantidad, y lo hallaron. Hubo que destruir los prejuicios y acabar con la rutina de los agricultores pesimistas. Se hizo una obra inmensa de vulgarización de los nuevos métodos. El año 1880 se daban 1,000 conferencias a los campesinos, 5,000 en 1890, 7,000 en 1900, más de 9,000 en 1904. Los agrónomos hacían experimentos, cuyos resultados se divulgaban rápidamente, y se facilitaba el uso de los abonos y la selección de semillas. Al cabo de poco tiempo, la gran masa de agricultores creía y practicaba las ideas nuevas.

La obra científica se completó por la obra social. Las Cooperativas, los Sindicatos, las Cajas de Ahorro, las instituciones de crédito y de seguros se desarrollaron por centenares. En 1911-12 había en Bélgica las siguientes Asociaciones [1]:

Sindicatos de compra.	1,304	con	80,443	afids.
Lecherías cooperativas	559	»	57,474	»
Cajas de créditos . . .	651	»	40,978	»

Una de estas Asociaciones, Boerenboud, comprende 599 Sociedades locales y 53,689 adheridos. El Boerenboud adquirió en 1913 abonos, forrajes, simientes y maquinaria por valor de 10.548,894 francos.

Bélgica salió de la crisis más fuerte y su prosperidad se engrandeció considerablemente. Sus campos tenían un rendimiento por hectárea superior al de cualquier otro país, más que Alemania e Inglaterra, el doble que Francia, con el cuadruple que España.

Terminado el azote guerrero, el campesino belga se ha reintegrado a su labranza. Con igual fe con que sus antepasados acabaron con las tierras incultas, los hombres que han vivido la gran tragedia limpian los campos, levantan los muros derruídos, restablecen la antigua y rica ganadería y vuelven a agruparse en los Sindicatos de apoyo mutuo, que tantas ventajas les reportaron.

La paz permitirá a estos hombres laboriosos transformar los campos de batalla en el rico granero de 1914.

(*El Sol*. Madrid).

(1) *L'agriculture belge*, por Edm. Leplae, artículo publicado en noviembre de 1920 en el «Boletín» de la S. B. E. E.

Examen antropométrico del niño

CONSEJOS A MEDICOS, MAESTROS Y PADRES DE FAMILIA

[Envío de Juan Ramón Uriarte al REPERTORIO AMERICANO. Conclusiones del libro del Dr. Jorge Rouma, *El desarrollo del Escolar Cubano*. Sus curvas normales del crecimiento].

CUANDO se practica el examen antropométrico de un niño se deben tener en cuenta, de una manera rigurosa, los principios siguientes:

a) Una medida aislada no tiene valor alguno, por sí misma, ni da tampoco indicación de ninguna especie. En todos los casos, se debe tomar un conjunto de mediciones, escogidas entre las más características, y sólo se puede emitir un juicio después de compararlas entre sí y de calcular índices. Jamás debe perderse de vista que el canon de las proporciones de cada edad, es mucho más importante que el valor absoluto de las medidas.

b) Las medidas directas deben compararse con los términos medios de niños de la misma edad, de igual raza y que vivan en un medio equivalente. Entendemos por medio, el conjunto de las condiciones climatológicas y sociales. Los niños de las clases populares tienen siempre un desarrollo físico inferior a los de las clases burguesas de igual raza y edad y que viven en un mismo medio. Por consiguiente, como nuestros términos medios corresponden a las clases populares, para juzgar ese desarrollo en un niño perteneciente a las clases media o rica, debemos considerar como bajos los referidos términos medios.

c) Toda medida debe relacionarse con la talla u otra esencial, para que adquiera su significado. Las comparaciones de las medidas se establecen con los índices (véase capítulo 2).

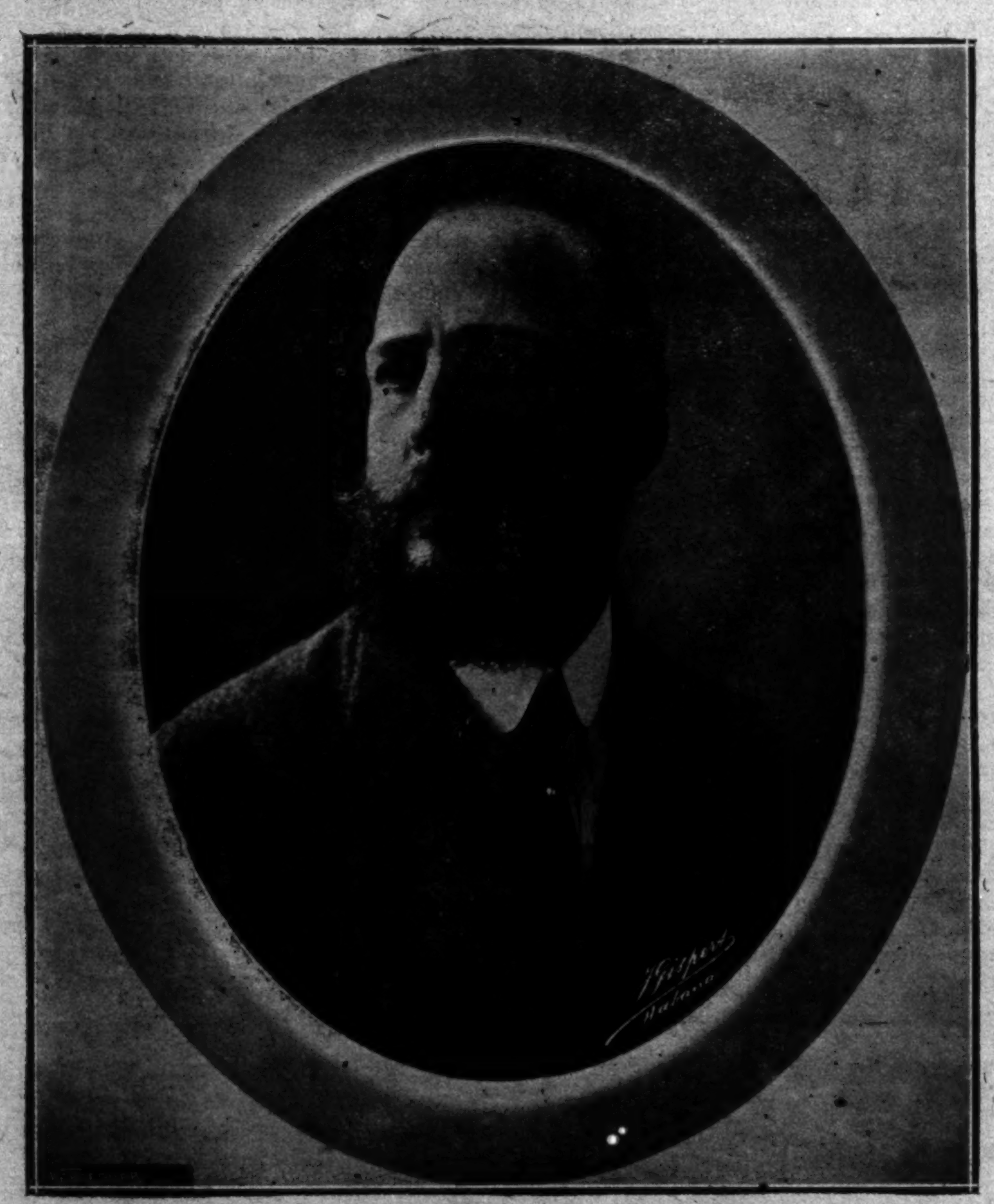
d) Periódicamente deben tomarse las mediciones de cada niño (cada seis meses), pues la dirección general de las curvas del desarrollo ayuda a interpretar el valor de las últimas medidas tomadas.

e) Es de suma importancia que todas las mediciones sean tomadas por la misma persona, que posea cierta práctica en antropometría.

f) Las medidas más importantes y que permiten juzgar con la mayor exactitud el vigor físico y el desarrollo armónico, son las siguientes: 1, talla; 2, peso; 3, circunferencia toráxica, a la altura de los pezones; 4, diámetro antero-posterior del tórax; 5, diámetro biacromial; 6, el índice talla-pierna. La importancia de estas relaciones ha sido expuesta en el curso de los capítulos que anteceden y considero inútil hacer una repetición. Las seis mediciones directas y las seis relaciones que hemos citado se obtienen en un tiempo relativamente corto, y muestran de una manera luminosa la constitución física de un niño. Recordamos que, cuando se establecen las comparaciones con los términos medios, deben considerarse los límites admitidos dentro de la normalidad y que damos en todos aquellos casos que estimamos conveniente.

El más completo examen de un niño debe establecer las proporciones relativas de cada segmento del cuerpo: cabeza, cuello, tronco, piernas, brazo. Además, debe considerarse el volumen del tórax por centímetros de talla, los volúmenes del encéfalo y del tronco y el índice encéfalo-tronco, la longitud del brazo en relación con el espesor del músculo, así como ciertos datos de orden fisiológico.

Para que resulten más claras estas indicaciones, analizaremos las fichas correspondientes a dos



Dr. JORGE ROUMA

JEFE DE LA MISION ECONOMICA BELGA

(Atención de don J. R. Uriarte, San Salvador).

niños blancos, habaneros, de 8 años edad. He aquí las mediciones:

	A. G.	M. F.	NORMAS.
Edad	8 años, 3 m.	8 años, 2 m.	8 años, 3 m.
1.—Talla	114.3 cms.	130.7	120.8
2.—Peso	22.800 gms.	25.450	22.650
3.—Circunferencia toráxica (a la altura de las tetillas)	54.0 cm.	56.0	55.8
4.—Diámetro antero-posterior del tórax	13.1 cm.	12.5	13.0
5.—Diámetro biacromial.	24.2 cm.	25.9	26.0
6.—Longitud de la pierna	57.3 cm.	69.3	62.2
INDICE			
1.—Peso por centímetros de talla	199.4	194.7	187.6
2.—Indice ponderal	24.8	22.6	48.5
3.—Indice de vitalidad	72.2	42.0	47.0
4.—Indice talla-diámetro antero posterior del tórax	11.4	9.6	10.7
5.—Indice talla-diámetro biacromial	21.1	19.8	21.5
6.—Indice talla-pierna	50.0	53.0	51.4
DATOS COMPLEMENTARIOS			
1.—Capacidad toráxica por centímetros de talla	21.138	18.552	20.950
2.—Indice espesor del músculo longitud del brazo	11	10	11.2
3.—Indice encéfalo-tronco	14	41	36.2
4.—Fuerza en el dinamómetro: mano derecha	15 Klgs.	14	13.1
5.—Fuerza en el dinamómetro: mano izquierda	13	15	11.0

Estudiando esos datos podemos emitir los juicios siguientes: el niño A. G. es mucho más pequeño que el término medio de su edad y raza, tiene la talla de 7 años; el peso es bastante superior al término medio correspondiente a su talla y edad, lo que le da un peso específico (índice ponderal) y un peso por centímetros de talla superiores al término medio que le corresponde: sin que haya exageración, esto constituye una indicación favorable. La capacidad toráxica por centímetros de talla es también algo superior al término medio que le corresponde; lo mismo ocurre con el índice talla-diámetro antero-posterior del tórax; sus espaldas resultan algo estrechas. El índice de vitalidad equivale a los 8 años; su sistema muscular corresponde a la misma edad y la fuerza en el dinamómetro es un peso superior, aunque queda siempre dentro de los límites del 60 % percentil. Por otra parte, observaremos que el índice encéfalo-tronco es demasiado elevado y que corresponde a las proporciones generales de un niño menor en dos años. En fin, el índice talla-miembro inferior es demasiado bajo, es de un niño de 6 años y medio. En conclusión, el conjunto de las mediciones de A. G. demuestra que se trata de un sujeto retardado en su desarrollo físico, unos dos años aproximadamente; pero conformado de manera armónica. M. F., de 8 años y 2 meses, tiene una talla correspondiente a los 11 años; corresponde también a la misma edad su índice talla-miembro inferior, lo que indica que M. F. posee las proporciones generales en sentido vertical, del tipo de 11 años.

Por otra parte, los medios índices talla-diámetro antero-posterior del tórax y ponderal, son demasiado bajos. También el peso es inferior en relación con la talla; en efecto, debiera ser de 216 gramos por centímetro de talla-miembro para estar de acuerdo con sus proporciones verticales, pues sólo tiene 194. Por lo tanto es demasiado débil, esto lo confirma también el índice espesor-longitud del brazo. Por otra parte, el índice talla-diámetro biacromial, revela una estrechez de espalda verdaderamente inquietante. La desfavorable conclusión a que nos conduce este dato, está reforzada por el índice de actividad de tal niño (428) que es pavorosamente bajo. En fin, el índice encéfalo-tronco, señala por su parte el desequilibrio fisiológico del sujeto.

En resumen, M. F., es un individuo que ha experimentado un fuerte empuje de crecimiento con excesiva precocidad y que se halla en desequilibrio fisiológico completo. Debe enviarse al campo, durante uno o dos años, sin someterlo a disciplina escolar alguna; sin ello, será una víctima cierta de la tuberculosis pulmonar.

La evidencia de estos datos pone de manifiesto la importancia que tiene la Antropometría cuando se emplea de una manera racional y sabia, poseyendo los elementos indispensables de comparación: las normas que para la infancia de Cuba, establece el presente trabajo.

Las curvas del crecimiento físico del niño cubano no sólo permiten el control del coeficiente individual del desarrollo, sino también el establecimiento de una comprobación eficaz de los resultados de la educación física; es indispensable que la acción educativa eleve el coeficiente medio de los índices que revelan la vitalidad y el vigor físico; en caso contrario hará quiebra de una manera lamentable. Para lograr esto debe establecerse la ficha antropométrica: practicar las seis mediciones típicas y calcular los seis índices principales al comienzo y al final de cada año escolar. Es un pequeño trabajo que hará conciente la acción del educador, permitiéndole separar, de lo adquirido a través del año, lo que corresponde a la naturaleza de lo que debe atribuirse legítimamente al esfuerzo del maestro. El juicio debe hacerse por la comparación de los términos medios de cada grupo y no por los individuales. Por otra parte, debe reclamarse el interés del niño en su propio desarrollo físico, y explicándole el valor de las mediaciones y el significativo de los índices, a fin de que se aficione voluntariamente a la práctica del scoutismo, los deportes y la higiene. El mens sano, será una verdad eterna y, ahora más que nunca vemos que el mundo pertenecerá, en el porvenir, a los pueblos fuertes.

Georges Rouma

VIDA Y ROMANCE

Por RAMIRO DE MAEZTU

BELGICA LIBERTADA

Hay cosas que no se pueden sentir más que una vez. Entrar en Bélgica por el pedacito de tierra, del lado acá del río Yser, que le había quedado al rey Alberto, era ya como santiguarse en la iglesia en día de matrimonio o de primera comunión. Las ruinas de la pobre Ypres, como guiñapos tendidos a secar, eran una bandera hecha jirones. El bosque de Hulst, sarpullido enteramente de hoyos de granada, no tenía un solo árbol que conservase su ramaje y parecía un sembrado de palos de escoba entre charcos redondos. En las ruinas de Dixmude se disimulaban, hasta hacerse invisibles, los fortines de cemento armado. Y Nieuport, en las dunas de la costa, se había reducido a las interminables galerías sub-

terráneas que habían excavado los soldados de Francia, Bélgica e Inglaterra.

Saturado de estos paisajes espectrales que dejaba a mi espalda, fuí visitando las ciudades de Bélgica: Courtrai, Tournai, Brujas, Ostende, Roulers, Gante, Mons, Charleroi, Namur, Lovaina, Tirlemont, Bruselas, Malinas, Amberes, Spa, Lieja, Verviers—yo no sabía antes que fueran tantas ni tan individuales; Bélgica, vista en sus ciudades, parece tan grande como Italia y hasta como Alemania—; y como fuí entrando en ellas a las pocas horas de haberlas evacuado las tropas alemanas, todas las calles parecían jardines florecidos de tantos colores y banderas como alegraban las ventanas, y aunque era noviembre, y el cielo estaba gris, y escaseaban las provisiones en las despensas, y la cerveza de guerra sabía a medicina, la gente cantaba, bailaba y se besaba y se abrazaba como en una *kermesse* de verano, y también uno lloraba de alegría y daba gracias a Dios, cosa que hice mil veces en el alojamiento y en la calle, pero también en el tedeum que se cantó en la iglesia de Santa Gúdula de Bruselas cuando el cardenal Mercier recibió y despidió al rey Alberto a la puerta del templo y eran los dos hombres más altos que había en la iglesia, no sólo ante la Historia, sino por la estatura corporal.

Esa alegría flotaba sobre los temblores de los años pasados. Muchos de los padecimientos de los belgas fueron resultado fatal de la invasión, aunque la invasión misma no fué fatal, sino deliberada y voluntaria. Otros se debieron a la estupidez o la maldad de los gobernadores militares de ciudades y aldeas. Ello fué también inevitable. Pero el terrorismo de las primeras semanas de invasión y la destrucción sistemática de las industrias belgas más ricas no fueron obra de la fatalidad, sino de órdenes claras y explícitas del Estado Mayor alemán, por lo que tuve que añadir a mi oración de gracias: «Haz, Señor, que estos crímenes no queden impunes».

Al cruzar en Eupen la frontera alemana cesaron de súbito risas y banderas. Al entrar en Colonia, el automóvil que nos conducía se fué abriendo camino lentamente por una densa multitud dominguera, extrañamente silenciosa. Al llegar al hotel, el automóvil se vió rodeado de un grupo de niños mal nutridos, con piernecillas flacas como huesos y blancas como lombrices. Como esos niños vi muchos otros en Colonia. Y una oración se asomó a los labios, bajo las bóvedas de la orgullosa catedral: «Que no paguen los débiles por los pecados de los fuertes». Desgraciadamente...

ALBERTO Y EL HOHOR

Cuando los alemanes pidieron al Gobierno de Bélgica que dejase paso franco a las tropas imperiales, a cambio de toda suerte de promesas, el rey Alberto tuvo que elegir entre la moral de la Celéstina y la de don Quijote, entre el ideal de la Edad Media y el de Epicuro y la Modernidad, entre el sentido heroico y religioso de la historia y su intepretación utilitaria, entre el consejo desengañado de la vida y el espaldarazo caballeresco del romance.

La Edad Media, la edad de la magia, como ahora se la llama, formó el ideal del caballero, el hombre comprometido a sacrificar la vida por el honor cuando no pudiese mantener de otro modo los valores encomendados a su guarda. El caballero es un ministro de valores que estima superiores al valor de la vida. «Te confío esta fortaleza —le dice su rey—; muere por defenderla». «Te lego un nombre puro—dice el padre a su hijo—; perece antes de mancharlo». Esta es la moral de Don Quijote. En medio de las tinieblas de la noche y rodeado de ruidos pavorosos, Don Quijote salta sobre Rocinante, embaraza la rodela y dice: «Yo soy aquel para quien están guardados los peligros».

Pero si no hay otro bien que el de la dicha, y si la dicha consiste en el deleite, la profetisa de esta religión fué también española, porque la Celestina, cuyo oficio consiste en facilitar ocasión de que se satisfagan las ansias amorosas, es una santa que no se cuida sino de propagar el deleite por el mundo. La Celestina frecuenta las iglesias, pero no cree que la vida del cuerpo deba sacrificarse a cosa alguna. El riesgo la horroriza tanto como le sonríe el acercamiento de un deleite. «No te retraigas, ni te amargues, que la natura huye lo triste»... «A tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo». Es compasiva y hasta filantrópica; pero le falta el sentido del honor, que es el del sacrificio.

La grandeza de la acción del rey Alberto, empero, no consistió tan sólo en haber sacrificado su persona, sino en haber sacrificado al mismo tiempo su país. Si sólo hubiera sacrificado su persona, no sería sino el más ilustre de los voluntarios de la gran guerra, y sólo la juventud inglesa dió tres millones de ellos. El rey Alberto sacrificó también a su patria. Por eso, hombres capaces de sacrificio personal, pero incapaces de ver más allá de su nación, porque para ellos es acaso sagrado el egoísmo nacional, movieron la cabeza con desaprobación y anunciaron que el pueblo de Bélgica pediría cuentas estrechas a los gobernantes que lo habían llevado a la catástrofe. Como la Celestina, deben de ser hombres que van a la iglesia, pero a los que les cuesta demasiado trabajo creer en Dios.

El honor es una categoría irracional. Cuanto más talento tenga un sinvergüenza, menos podrá entenderlo. Días pasados recordaba una frase de Dostoyevsky: «Toda la esencia de la idea revolucionaria rusa consiste en la negación del honor». Es un juicio que debiera extenderse a cuantas ideas están moviendo el mundo en los últimos siglos. La razón moderna se resiste a admitir que esta vida nuestra tan querida deba ser sacrificada a cosas que tal vez no son sino delirios. El sentido místico de la vida está casi extinguido. Aristóteles decía que las artes y la filosofía habían sido descubiertas muchas veces en el curso de la historia humana y perdidas de nuevo. Lo mismo debe de ocurrir con el sentido del honor. Pero en agosto de 1914 nos probó el rey Alberto que era posible volver a encender la vieja lámpara.

(*El Sol*, Madrid).

ANTOLOGIA BREVE

Por EMILIA BERNAL

(Concluye. Véase el Nº 4)

¡El loto! El loto no es un loto. Es un ser real que hace las cosas que en los versos digo.

EL LOTO

Dicen que en el gracioso Japón se da una
[planta
toda frescor de río y suavidad de olor,
que al viajero le habla y le ríe y le canta
y le cuenta unos cuentos fantásticos de amor,
y lo trae a su sombra y lo besa y lo encanta
y lo duerme al arrullo de su ramaje en flor
y así que está dormido, en la misma gar-
[ganta
el aliento le corta y le chupa el color
y la luz en los ojos inflamados le seca
y le pone en los labios el rictus de una
[mueca
y luego lo despide con gesto burlador,
y en tanto que se aleja el espectro ambulante
se torna majestuosa y a un nuevo caminante
le vuelve a hacer un cuento fantástico de
[amor

Hay cosas de tan soberana belleza que su mera presentación basta para producir la más absoluta sensación estética, tal: una estrella, un león que brama, un caballo en fuga, un barco de vela que navega viento en popa. Este es el cuadro que enmarca una despedida mientras un barco de vela se alejaba gallardamente viento en popa...

BARCAROLA

El romántico azul del mar divino
corta la quilla de su barquichuelo
que va dejando caprichoso velo
de blanca espuma en el azul marino.
Un adiós en el aire terso y fino
se deshoja, como una flor de cielo
y en la popa el adiós de su pañuelo
se mece juguetón y blanquecino.
La risa siempre alegre de la ola
festeja el rumbo de la vela blanca
desde la arena de la playa sola
y entre las jarcias que el vaivén tremola
el marinero que del puerto arranca
melancólico da su barcarola.

Cada quien, si escucha en torno, percibe que las cosas le hablan con acento que no es posible desatender. Esto me dijeron una vez los guijarros. A mí, que soy otro guijarro del camino...

¿Has visto los guijarros del camino?
¡Tú eres también guijarro, peregrino,
alejado quizá de tu destino!

¿Este? fué un astro luminoso:
meteoro, cayó vertiginoso
y lo extinguió el reposo.

¿Aquel? estaba en cumbre cercana a las
[estrellas:
lo arrancó una tormenta de centellas
y descendió con ellas.

¿El otro ensangrentado?
Es de David: con él hubo, ...
a Goliath derribado.

¿Ese lleno de aristas?... tiranizó en el
[mundo...
lo llevaba Felipe, de España el Rey Se-—
del alma en lo profundo. [gundo

¿El que parece cólera en ignición?
Fué arrancado del mundo al corazón:
lo vomitó un volcán en erupción.

Son los amontonados como arena
los que nadie atrevióse como pena
lanzarle a María Magdalena.

El puntiagudo de los filos grandes
que está clavado como pica en Flandes,
cayó desde las garras de un cóndor de los
[Andes.

Interpreta el guijarro del camino!
tú eres también guijarro, peregrino
alejado quizá de tu destino...
. . . .

Belerofonte, mi imaginación ha recorrido todos los lugares soñados. Esto escribí una vez en que me paseaba por El Louvre.

SEÑOR, ¿QUIEN ES AQUELLA...?

—Señor, ¿quién es aquélla, de cara suave y
que muelle se reclina [fina
en ese canapé
y mueve leve un brazo de nieve
que termina
en una mano breve
como una rosa té?
La que lleva el cabello en ondulantes nudos
sobre la tersa frente, la de los pies desnudos,
la que parece toda, dormida flor de lys
o un cisne que navega en un lago de raso
o una gardenia abierta a la margen de un
[vaso...?
—Esa es la más graciosa mujer que hay en
[París,
esa es la flor más linda de nuestra aristo-
[cracia
la yerba del ensueño, el lirio de la gracia,
la joya del minué,
la de los trajes sueltos de blonda y muselina,
señora, es la divina
madam de Recamier.

He de confesar una debilidad que padezco. Me gusta mucho el pelo dorado. ¡Ninón tiene unas trenzas rubias tan lindas! Se me antojó tejer con ellas un manto para mi ideal caballero.

DAME NINON LAS CRENCHAS...

¡Dame Ninón, las crenchas que juegan con
[tu seno
para hacerle con ellas un manto a mi señor.
Yo haré como si fuera un niño segador
que las recolectase en el campo moreno
con mano de cariño, mi mano la hoz de
[amor,
el campo tu cabeza, de espigas todo lleno.
¡Dame Ninón, las crenchas que juegan con
[tu seno
para hacerle con ellas un manto a mi señor!
Después, así que el manto esté ya concluido,
de noche, en la alta noche, cuando él esté
[dormido
iremos las dos juntas el manto a colocar
sobre sus hombros, luego, sutilmente, sin
[ruido
volveremos muy lento, con paso contenido,
para que no le vaya el ruido a despertar.

La visión de una naturaleza continental, poderosa, donde el año marca sus cuatro tiempos con precisión bellísima, me surgirió estos cantos que yo pretendo artísticos.

CANTARES DEL AÑO

Los dáffodils son la flor primera de la primavera. Ellos la anuncian. Son, por decirlo así, su Mesías.

Nada más ingenuo que esas flores transparentes, blancas y amarillas. Son el mejor símbolo de la alegre jovencita que se llama Vera, y que es prima de todos.

Yo veo a la primavera vestida de dáffodils, así.

PRIMAVERAL

(Dáffodils)

Anda la Primavera
queriendo desasirse

el hábito inconsútil
que el padre enero le tejió en el cuerpo.

El Numen forestal, le ayuda,
y le desciñe la túnica, que cae,
y al tocar en la tierra se deshace.

¡Y se queda desnuda Primavera!

A su rubor, el Numen imperioso,
una clámide exige
al incipiente esmeraldear del bosque.

Abrense por doquiera
los dáffodils hialinos
de ámbar y alabastro.

Y vístese con ellos la desnuda.

Mientras la luz del sol danza en la tierra
que se despierta al imperar del Numen.

Vi un hombre hundido en la orilla del mar, que se entretenía en jugar con los dedos de los piés de una mujer bellísima, acostada en la playa. La mujer, por inmóvil, me llevó a la realidad. Era una mujer de arena esculpida El artista acababa la obra por los pies, cuando lo sorprendió mi vista.

Cuando volví del baño, el escultor dormía cabe su obra, de frente al cielo.

¡Señor, este es un animal idealista! ¡Bendícelo, Dios mío! Hace su mujer perfecta, y luego, como tú, Creador, descansa y sueña!

ESTIVAL

(Playas de Allenshu)

Este hombre barbudo, que en la orilla
del agua, con fervor núbil, se llena
de placer constructor, entre la arena
hasta el muslo, clavada la rodilla,
que del mar en la tierra ocre amarilla
viril esculpe desnudez serena
en posición decúbito, morena
como su piel, de soñadora arcilla,
cuerpo de amor que a la cabeza esfuma,
arqueado al suelo, en actitud de pluma,
tal la Eva, yacente, de Rodin,
la faz entre los brazos y entre el pelo,
se ha dormido, después, de cara al cielo
junto a ella, con erótico ademán.

El otoño tranquilo y evocador, es así.

AUTUMNAL

Tarde otoñal. En el ambiente vago
trasciende un no se qué de excelsitudes.
El cielo finge transparente lago,
imita sollozando los laúdes
al moverse en el parque, la sauceda,
lentas caen las hojas amarillas,
cruzan mujeres bajo la arboleda
coqueteándole al sol con las sombrillas
y se mezcla a la gama cristalina
del aire, alegre confusión de sones,
la charla de las locas golondrinas
y el agreste piar de los gorriones.
Y yo, sintiendo que en el aire vago
trasciende un no sé qué de excelsitudes,
que el cielo finge transparente lago,
me entrego a soñadoras inquietudes
y busco en la tristeza de las cosas
el secreto de mis afinidades
y en el fondo del alma deliciosas,
embriagadoras brumas de saudades.
Gozo en la sombra de mi propio abismo,
al palio azul de una ilusión no hablada,
entre las rosas de mi pesimismo
que ya no espera de los otros nada,
en el misterio de mi alcoba exigua,
en la lectura de unos versos, en
el recuerdo de alguna historia antigua
o de alguna balada de Chopin...

En el invierno, la nieve monótona, siempre igual, vaga, imprecisa, que a fuerza de no ser nada es todo lo que quiere ver en ella el artista, es toda metáfora.

He aquí la nieve en sus estados característicos: cuando cae, cuando posa, cuando pende, y cuando juegan con ella los niños.

INVERNAL

(La letanía de la nieve)

Vuelo de espumas.
Blancas libélulas.
Pétalos de astros.
Nardos deshechos.
Almas del limbo.
Nieve!

Lluvia de plata.
Lágrimas de Eros.
Alas errantes.
Opalos tenues.
Perlas de Olimpo.
Nieve!

Manto de armiño.
Velo de Vesta.
Sal impoluta.
Lago de argento.
Flor delisada.
Nieve!

Clámide nítida.
Río de leche.
Mar de alabastro.
Pálida veste.
Chal de Afrodita.
Nieve!

Rizos pascuales.
Copos celestes.
Lino de luna.
Nítida yedra.
Turris ebúrnea.
Nieve!

Rosas de nácar.
Líricos flecos.
Venus Cariátide.
Lotos de ensueño.
Estalactitas.
Nieve!

Barbas fluviales
Gnomos traviesos.
Gorja de niños.
Risa de invierno.
Caperucitas.
Nieve!

Hace tiempo, cuando vagaba por este pueblo, con la cabeza y el corazón llenos de ensueños y de melancolía, una iglesia, una campana, un toque de ángelus, me hicieron exclamar conmovida.

LA CAMPANA DE MI PUEBLO

Campana del pueblo mío,
cuando suena el vocerío
de tu lengua musical,
imagino que te parte
de tu campanero el arte
en mil risas de cristal.

Y cuando escucho tus notas,
que al oído llegan rotas
en sollozante gemir,
pienso que al son plañidero
te va el triste campanero
en lágrimas a fundir.

Porque tan alta te meces
a compás de languideces
cerca de Eternidad,
al echar tu voz al vuelo,
siento que hablas desde el cielo
bronce de LA SOLEDAD!

Que otra raza, que otra gente
que fué grande y fué valiente
de una edad que ya pasó,
por la voz de la campana
siempre augusta y soberana
le habla al pueblo en que nació.

Que amorosamente trina,
con una voz clara y fina
en la torre una mujer,
su salmodia de tristeza
a la clásica belleza
de las mujeres de ayer.

Que en la cruz del campanario,
algún héroe solitario
vocaliza una canción,
como vaga y honda queja
que se aleja y que se aleja
y termina en oración.

Y que el alma de las cosas,
ya caídas en las fosas
del olvido y del pesar,
su nostálgica elegía
de la tarde a la agonía
va en la torre a musitar.

Y que todo lo pasado,
por tu bronce inmaculado
de exquisita limpidez,
a las gentes que llora y ríe
en el canto que deslíe
tu rítmica dejadez.

Por eso te quiero tanto,
porque me hablas del encanto
de lo grande que se fué,
y presiento que en tus sones
cuando muera, mis canciones
a esta tierra cantaré.

¡Cuanto te quiero, campana!
Yo te escucho en la mañana
de mis días sin color,
cual la voz de mis abuelos
que me envían de los cielos
las protestas de su amor.

¡Campana que a gloria suenas
en el fondo de mis penas!
¡Cariño de mi orfandad!
¡Con qué júbilo te escucho!

. . . .

¡Dime si me quieres mucho
bronce de LA SOLEDAD!

Después... una noche... una noche de soledad y de silencio... cuando ya no me quedaba nada en la vida... cuando ya me habían arrancado hasta mis propios hijos... me dirigí al infinito...

La soledad doliente de mi vida
de la alta noche en la quietud se agranda
y a todo lo que abarcan mis pupilas
lo mismo que la luz, se da mi alma.

Ya no pretendo hallar a flor de tierra
para mi enfermo corazón la gracia
y la implora al brillar de las estrellas
al otro lado de la vida, el alma.

¡Cuánto dolor callado en el misterio
de mis hondas pupilas solitarias!
¡Cuánta desolación en el silencio
de este abandono que me parte el alma!

La voz de los lectores

«Tú lo quisiste, fraile mostén»...
(Medio refrán)

ENTRE las conquistas fáciles a que de algunos años a esta parte se dedican los Estados Unidos, ninguna puede serlo más, que la de Puerto Rico. Por Ponce se colaron, como Pedro por su casa, y siguieron para el Norte, sin disparar un tiro, hasta San Juan, donde los suaves portorriqueños los recibían con los brazos abiertos. ¡Qué gloria de batalla, ni Lepanto con Don Juan de Austria ni todo Méjico con Hernán Cortés!

Bien sabemos que la Menor Antilla tenía todas las libertades de España, con representación en Cortes, con democracia y, sobre todo, con respeto y consideración estimable de su metrópoli. ¡Lejos todo ello, y mucho del manifiesto abandono, desconocimiento de representación legislativa y hasta intenciones de quitarle su nombre como «territorio»... ¿Por qué no habría de ser «Portorrico», así como son «Portorriqueños?... ¡Ahí de los eruditos filólogos del Norte! Canten su «borinqueña» esas ranas pidiendo rey...

Todo eso me ocurre, después de leer con más atención que paciencia el quilométrico discurso tomado de «La Voz», de Madrid por el REPERTORIO AMERICANO de acá, tan hábilmente seleccionado. Supongo que la caricatura del orador es de allá, de la gran Villa y Corte, donde mejor se cuecen los garbanzos, gracias al agua del Lozoya y grande ciencia de los Menegildos. Lo que no admite duda es que hay discursos largos que parecen caricatura de otros elocuentísimos del incomparable Castelar.

Bien veo que el señor de Araquistain pone por las nubes al orador portorricense, y hasta lo compara no recuerdo con cual profeta (debe de ser con Jeremías, tal se lamentaba de sus dueños); pero de otra parte sale Don Ramiro de Maeztu, con su acostumbrada ironía, diciendo que en Madrid lo que sonó más fueron los discursos con que brindaban en banquetes laudatorios al orador americano que en el Ateneo había hecho llorar a muchas señoras respetables, con ciertos finales de párrafo: «costumbres, lengua, religión».

Y este pobre lector ¿no ha de llorar también, sino por la retahila sensiblera en fin de párrafo, por las mayúsculas torpezas que suele padecer el género humano? Comienza el docto «puertorrico» con unas advertencias que no pueden interesarme, porque luego lloren las señoras y señoritas del Ateneo. Ya en su primer punto, dice el orador de lo que aprendieron y olvidan él mismo y sus jóvenes compañeros: «aprendimos el inglés mejor que nuestro propio idioma»: estas tres voces últimas prueban no saber castellano...

Porque «propio idioma» es como decir «propio propio» en punto a lenguaje. Donde parece bien hablado el disertante orador es donde compara la «civilización norteamericana con la cultura española». Sólo que leo un «fuimos nosotros»... los que encauzaron»... sin nada de sintaxis. Luego hay «millas» y «kilómetros» (con «k») tratando de comparar medidas. Pero basta de matemáticas, a rabiar aplaudidas en el Ateneo. ¡Buenas andan las cosas también por allá fuera!

Siguen ambos «Derechos», con el sajón y español, y los «dos idiomas frente a frente»... ¡Bien por la cita de aragoneses, hombres de cuerpo entero, y mejor, si cabe, por los chiquillos de Puerto Rico... La exhibición del «Pérez y Rodríguez», mentecato de nacimiento, al parecer, aunque portorriqueño, resulta muy hábil movimiento retórico (según me dice un profesor del ramo en el Liceo). Me gusta mucho, aunque lego intonso, hallar qué aplaudir en este célebre discurso. Algo dijo Cervantes, de libros malos con algo bueno.

Grandes reformas legislativas se

plantean en Puertorrico, por los «portorriqueños» (con permiso de Maeztu que dice «puertorriqueños», contra ley de lengua castellana). Esas reformas insulares contra vicios añejos hacen bajar las entradas del fisco, pero, a gusto de todos, créanse muchos impuestos y... «la mitad del tesoro» es para la instrucción pública, con... 350,000 niños en la escuela, y bien equipados, los más pobres al igual de los más ricos.

Después de la guerra grande, donde pelearon los pequeños de Puerto Rico, y muchos murieron gloriosamente, cambian las cosas en los Estados Unidos y ¡qué ingratitud desvergonzada!, esos señores del Norte hacen de la Antilla Menor una Suiza de la Edad Media con Gesler y todos sus horrores. ¡En este menguado siglo veinte no hubo un Guillermo Tell! Acaso no falta razón a quien llamó Bárbaros del Norte (en América) a semejantes opresores de gentes y pueblos débiles, o fuertes, imitando los malos gobiernos.

Titúlase «Optimismo» la última parte del Discurso Largo, y, a deshora, dice: «todos somos españoles»... ¡lástima que no dijera 21 años antes! Nada más útil y cumplidero en la vida, que la oportunidad. Muy bonito este último párrafo y casi en buen castellano, aunque no podían oirse los finales, por la enormidad de los aplausos... y a propósito de tanto ruido, ya hubo de pasarme un chasco, a causa de mi cortedad de vista, y fué que, sin notar línea muy ligera de separación, leí tras del alboroto en Madrid, «Nuevos cuentos de mi tía Panchita», (por Carmen Lira).

¡Diantre de cegatería ésta que padezco desde joven! Y vamos al fin de fiesta y consejos a las repúblicas españolas y también a la propia España. Repito, en conclusión, que todo eso está bien; pero Puerto Rico sigue mal, después de los mentados «21 años» del título, sin que los del Norte quieran hacer caso de lirismos, aplausos ni adulaciones. La isla infeliz no halla remedio con peroratas y ruidosas voces de Madrid, donde todo para todos los «gatos» se divierten. Yo me despido acá, de cuentos y aplausos ensordecedores, diciendo al cuitado Puerto Rico, con el refranero: «¡Tú lo quisiste, fraile mostén, Tú lo quisiste, tú te lo ten!»

VAL. F. FERRAZ

(22-IV-22).

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscritor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

NOCHES DE LECTURA

4.—*PARINI O DE LA GLORIA* (1)

Por GIACOMO LEOPARDI.

LA infinita vanidad de todo, cantó con amargura desesperada en la mayoría de sus cantos el cisne sombrío de Recanati. De la lectura de ésta, que es una de sus *Pequeñas obras morales*, resulta también la reprobación de la infinita vanidad de esa gloria tras la cual se despeña, cual jauría hambrienta, una multitud de artistas mediocres y fecundos.

Saturado de un optimismo verdadero—aun cuando la mayoría de quienes lo lean lo llamen biblia del pesimista—este pequeño opúsculo presenta a semejanza de las demás obras, grandes y breves, del mismo Leopardi, una profundidad de ideas que obliga al alma a recogerse dentro de sí misma y a meditar, en una abstracción absoluta, en conceptos que no es común hallar en otros libros de mayor volumen y de mayor celebridad.

El pesimista de los pesimistas, aquel que pronunció el enunciado trágico del binomio Amor y Muerte, exige para ser gallardamente impresionado por lo bello y por lo grande, como única y perfecta condición la de creer que en la existencia humana pueda haber algo de grande y de bello en realidad.

Pide al contemplador saturarse de espíritu de belleza interna para sentir, como debe ser sentido, el infinito mundo de bellezas que nos rodea y que para evidenciarse, no pretende sino ojos repletos de admiración y de afecto. Ante miradas así, lo feo desaparece, se hunde en las tinieblas como las hordas demoníacas ante las irradiaciones de la luz divina.

Leopardi pide que haya, en los humanos, ansias para ver lo bello y lo bello surgirá, como por milagro, como por milagro ante la convicción admirable del marino genovés surgieron de las ondas inquietas del Atlántico indomable las azules y fecundas montañas del continente americano.

Para el cantor que supo ver con

(1) Véase la edición del *Parini* en las de *El Convivio*. Trad. de Roberto F. Giusti.

ánimo sereno la omnipotencia de la muerte, es la indiferencia, la pasión horrible entre las pasiones, la que ahoga cuanta nobleza de espíritu surge en el mundo, la que destruye cuanta generosidad de corazón despierta en el fondo divino de los humanos.

Amarlo todo intensamente, odiarlo todo también intensamente son dos extremos que, como tales, han de dar resultados importantes para quien siente esas pasiones. La indiferencia, que a veces es la máscara de la ignorancia y a veces lo es de la perversidad, convierte al hombre en un ser impregnado de frivolidad y lo incapacita para sentir los altos anhelos que obligan al ser inteligente a internarse en lo más hondo de las almas humanas y a obtener luz de las más íntimas cualidades de los seres vivos y también de aquellos que aparentemente no lo están.

Más allá, en su ansia de suprimir de entre las aspiraciones de los mortales el anhelo estúpido de una gloria más o menos merecida, Leopardi trata de la filosofía de la cual, según su profundo entender, dependen por completo todas las letras que llamamos amenas. Pone, en el origen de las disciplinas intelectuales, la filosofía que a su vez hace derivar del insaciable deseo que siente el hombre de verlo todo, al mismo tiempo que con infinito amor, con perfecta visión de las razones que dan nacimiento a la totalidad de los fenómenos de la Naturaleza. Y al hablar de los filósofos que a más de sutileza de ingenio y gran facultad de raciocinio, necesitan potente fuerza de imaginación, cita a Descartes, a Galileo, a Leibnitz, a Newton, a Vico. Poderosa intuición la de los genios verdaderos. En el fondo real de la filosofía, Leopardi, como venero del cual brotan todas las actividades intelectuales, supo ver las eternas, enigmáticas y clarísimas Matemáticas, que son las únicas disciplinas de la inteligencia que dan el hábito y la aptitud de contemplar, en una sola, muchísimas ideas que de aquélla son corolarios, de seguir desenvolviendo de un concepto, una teoría casi infinita de verdades conexas entre sí y que forman el admirable edificio de una Geometría Proyectiva o de un Cálculo Infinitesimal, de descubrir las sutiles y recónditas junturas que cada verdad tiene con ciertas otras llegando a establecer la Geometría Analítica que es una de las más extraordinarias conquistas que la inteligencia humana ha llevado a efecto.

Es así cómo este pequeño libro que trata de demostrar la inmensa nulidad de la gloria, satura el alma del más sano de los optimismos: la lleva como Virgilio al Dante, por entre las horribles visiones del infierno de la vanidad y por entre las dolorosas escenas del purgatorio del orgullo, hacia las amplias y radiantes regiones en donde reina la más excelsa de las pasiones: esa pasión sincera que pone miradas de admiración en los ojos, frases de bondad en los labios y amor, mucho amor en los corazones.

f. f. g.

(Envío del autor).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica